

LOS ESCRITORES Y EL PUEBLO

En el semanario madrileño *Nuevo Mundo* publicó no hace mucho Baldomero Argente —publicista inteligente y culto, y sobre todo muy sugerente— un artículo que llevaba el título mismo que pongo á este mío, y el cual artículo ha merecido la reproducción en *El Progreso Latino*, de Méjico, con una nota en que se hace constar que es allí de tanta aplicación como aquí en España pueda serlo. Y como en el tal artículo se vierten doctrinas que me parecen perniciosas tanto para el progreso y esplendor de la literatura como para la cultura del pueblo, voy á tomarlo en cuenta.

Empieza Argente suponiendo que un su interlocutor, al oírle comparar á España con la Beocia, deplorando la escasa ó nula influencia que ejercen sobre nuestra multitud el escritor, el periodista, el literato ó el poeta, le interrumpe con algunas observaciones. Empieza por corroborar el hecho. Y añade que es escasa la influencia intelectual que el escritor español ejerce sobre su época.

“En vano las plumas mejor tajadas —dice— com-

batirán un prejuicio ó una opinión vulgar; su voz se perderá en el desierto, y aparte de la eficacia de las razones, por valiosas que las aduzca, significarán poco su palabra y su actitud; le será rehusada esa fe, que nuestro pueblo sitúa tan pródigamente en cualquier charlatanismo, y que revela y gradúa la consideración que á cada uno de los modos de la actividad espiritual le es otorgada en cualquier época. De esta depresión en el influjo de los escritores proviene el aislamiento de los unos, la rebeldía de los otros y la humillante servidumbre de los más, sometidos á la interesada protección, lindera con la esclavitud, de intrigantes y corsarios de la vida pública que les son notoriamente inferiores en inteligencia y en virtud.”

El cuadro me parece recargado de tintas y no del todo exacto. La influencia del escritor español en su pueblo no creo que sea muy inferior á la de otros escritores en otros pueblos, y si nosotros, los que escribimos, nos quejamos muy á menudo de que no se nos hace caso, eso sólo quiere decir que nuestra influencia sobre el público no se refleja en provechos económicos inmediatos. Hablando en plata, de lo que nos quejamos no es de que no se nos haga caso, sino de que no se compren nuestros libros. Y un escritor puede muy bien influir mucho —por lo menos en ciertos espíritus— y vender poco, y otro vender mucho é influir poco. Porque si la influencia espiritual hubiera de medirse con ese metro, acaso resultara que la obra que ha influido más en España es la

que nos cuenta las aventuras de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.

Pasa luego el supuesto interlocutor de Argente, es decir, Argente mismo, á tratar de las causas del fenómeno, y amonesta gravemente á los escritores que culpan de ello al atraso del pueblo.

“Los escritores que increpan á todo un estado social —dice— porque les hace poco caso, porque no los sigue, ni los discute, ni los exalta, obligándoles á que se encaramen á las tribunas complacientes para discutirse entre sí y hacer, con extravagante anticipación, la propaganda de su obra futura, esos escritores no se han resuelto á hacer un breve examen de conciencia por si reside en ellos mismos el origen del mal que deploran.”

Y viene el examen de conciencia, en el cual nos dice Argente que “los escritores no escriben para la multitud y la multitud no encuentra en los escritores la voz de sus angustias y de sus anhelos, el canto de sus penas y la luz para sus peregrinaciones hacia otra tierra ideal que no sea la del sufrimiento ó la iniquidad”.

¡Qué bonito! Y sin embargo, en el fondo ¡qué falso! Porque, en primer lugar, hace muy bien todo escritor que se estime y tenga conciencia de la gravedad de su oficio en no escribir para la multitud esa, y hace bien en no hacerlo en beneficio y provecho de la multitud misma, ó mejor dicho, del pueblo. La multitud no sabe cuáles son sus angustias ni sus anhelos, la multitud no sólo no sabe de

ordinario lo que quiere más ni aun sabe dónde radica su mal. Porque si la duele en la cabeza puede estar el origen del daño en cualquier parte.

Dice luego Argente que no hay que apartarse del vulgo, porque en el vulgo están la fuerza y la pasión. No, ni la fuerza ni la pasión están en el vulgo, ni hay nada más deleznable y pasajero que los escritores llamados populares.

Luego nos habla de la torre de marfil. Ciertamente, la torre de marfil está desacreditada y es horrible cárcel más que otra cosa; hay que bajar á la plaza pública y pelear por el pueblo; pero para pelear por él no es menester confundirse y perderse en sus filas ni unir la propia voz al grito inarticulado de la muchedumbre. Se puede y se debe pelear por el pueblo, por su bien, yendo contra el pueblo mismo. Aun á riesgo de pasarse lo mejor de la vida solo y aislado, pues á las veces no se logra una tarde de respeto y de gloria sino tras una mañana de aislamiento y hasta de desdenes.

Hay vidas que son una enseñanza. Entre ellas la de Ibsen, que tras de años de apartamiento de su patria, Noruega, volvió al cabo á recoger el fruto de su áspera y ruda sinceridad. Y la otra la de Carducci, indomable espíritu, lo ardiente de cuyo patriotismo le forzó á llamar vil al vulgo de su patria, Italia.

En el discurso que el gran patriota italiano leyó en Agosto de 1873, en una reunión de la Liga para la instrucción del pueblo, decía, tratando de la literatura llamada popular:

“Otra señal de nuestra vejez es el andar poniendo siempre aparte de los demás géneros un género por sí: la literatura popular. Toda literatura en la virilidad es popular por fuerza propia, por necesidad de las cosas; en la juventud, pues, es obra más ó menos del pueblo mismo. Cuando en un siglo enteramente civil y consuetudinario surge una escuela literaria que busca y halla su única razón de ser en la necesidad de proclamar altamente sus intenciones populares y de ponerse en la gala de las formas populares, y cree deber y poder hacer novelas, poemas, libros á propósito para el pueblo, con alma y lengua todas del pueblo; cuando esto ocurre quiere decir que aquel siglo en que tal cosa sucede puede tener por lo demás muchas virtudes y excelencias; pero es lo cierto que está muy lejos de la virilidad y de la juventud del arte. Semejante literatura, vieja ella, se imagina al pueblo como un niño grande, y le cuenta cuentos y le canta canciones de cuna. Ciertamente es que no quiere aparecer vieja y por eso se da afeites; pero en el sudor fatigoso de dárselos se le escurre y gotea el colorete por las arrugas de la dicción, y entre los falsos garbos de un hacer vivo y suelto, de repente, en las pretensiones sentimentales y en la afectación de llevarlo todo á un fin útil, moral, civil, asoma la vieja calculadora.”

Y prosiguiendo, Carducci decía que el advenimiento de la plebe es una necesidad histórica, sólo que ni debe, ni aun queriéndolo podría sobreponerse al orden y menos destruirlo violentamente. “Ella, co-

riente primaveral de vida, infundiéndose en los otros elementos sociales, los desheredará y los penetrará mezclándose. Entonces el estado, la religión, la filosofía, el arte, serán verdaderamente y sanamente innovados, entonces existirá finalmente el pueblo; el pueblo uno, igual, libre."

Mas, entre tanto, añado yo, lo más fácil es que esos escritores que pretenden bajarse hasta la plebe, en vez de esperar que ésta suba hasta ellos, no hacen sino entorpecer y alargar la obra santa de la conversión de la plebe en pueblo, obra en vía de marcha.

Hay que apartarse del vulgo, sí, y hay que apartarse de él en beneficio y pro del vulgo mismo. El que alcanzó una cima cualquiera debe desde ella abrir los brazos y dar voces llamando á los demás á la cima y no bajarse so pretexto de mostrarles el camino, porque lo perderá él mismo y no podrá darles el ánimo que desde arriba les da.

No es exacto que el pueblo no entienda, y sobre todo que no sienta á esos escritores que parecen elevados sobre él; los siente muy bien, aunque sólo sea en parte. Y aquí no se me ocurre sino remitir al lector á lo que al efecto escribí en mi *Vida de don Quijote y Sancho* al comentar el discurso del caballero á los cabreros. Sin entenderle del todo le entienden, ó mejor, le sienten muy bien.

Carducci decía que esos fraguadores de una literatura popular consideran al pueblo como un niño grande. Y así es. Y los que escriben para niños afectan puerilidad y hacen como aquellos padres necios

que se figuran ser mejor entendidos de sus hijos de lengua aun balbuciente balbuciendo ellos.

Pocas cosas, en efecto, conozco más deplorables que las conferencias que se llaman populares. Cuando un hombre de una cierta cultura se esfuerza por ponerse popular, lo que se pone es ramplón, trivial y ridículo. Y en más de una ocasión he oído á obreros muy avisados que salían de oír á semejantes sujetos exclamar: "¡Por quién nos habrá tomado este tío!..."

Una cosa es apartarse de una literatura sin alma y sin pasión, fría y estéril, como dice Argente, y otra cosa muy distinta acercarse al vulgo.

"De vez en cuando —añade Argente— suena una nota agria y díscola, explosión de un noble espíritu que rompe en dicerios é invectivas contra la sumisión y la ñoñez generales. Pero, fuera de esos aislados gritos de cólera y rebeldía, las letras españolas cultivan casi exclusivamente su huerto de egoísmo."

Notas agrias y díscolas contra la ñoñez general lanzó el noble espíritu de Carducci; pero jamás se bajó á mezclarse con el vulgo el poeta más hondo, más profundamente popular de Italia, el que al principio de sus *Odas bárbaras* estalló contra la usada poesía que se entrega al vulgo, y sin palpitaciones se tiende y duerme bajo los acostumbrados abrazos.

Por lo demás, acaso es cierto lo del egoísmo, y no menos cierto lo que añade Argente de que en mano de los propios escritores está el redimirse, si consideran que para ser los más fuertes lo primero no es

la inteligencia ni la cultura, sino el corazón. Pero ¿es que acaso no es tan difícil hacerse corazón como hacerse cultura ó inteligencia?

Y concluye: "Cuando cada aficción de la muchedumbre tenga en el escritor su espejo, y cada oscuro presentimiento de los núcleos sociales se cuaje y condense en la palabra escrita; cuando los escritores no vivan para sí propios ni para sus provechos, sino haciendo de su alma ofrenda viva y perenne al amor de su raza y de su tiempo, el tiempo y la raza les devolverán la energía, la influencia, el poder avasallador sobre los sentimientos colectivos, y los escritores sentirán pasar por sus venas el cálido espíritu que rejuvenece y fortifica: el espíritu de la verdad y del bien, sin los cuales toda obra intelectual es obra de corrupción."

Todo esto está muy bien sin duda; pero hay que hacer notar que las muchedumbres no conocen bien sus propias aficciones, ni reconocen desde luego al que mejor las refleja. Y ocurre con lamentable frecuencia que prestan sus oídos antes al curandero charlatán que al médico inteligente y conocedor de sus males.

En el fondo del artículo, por lo demás muy bien intencionado y en partes muy justo, de Argente, palpita el sofisma democrático, ese sofisma que tan pernicioso es para el pueblo mismo, en obsequio al cual lo difunden.

"El pueblo, ha dicho un escritor, odia la verdad." Y es cierto que la odia cuando la verdad no le es grata.

El pueblo quiere que lo adulen, lo diviertan y lo engañen, aunque á la corta ó á la larga acabe por despreciar y repulsar á sus aduladores, divertidores y engañadores. Es preciso, lo repito y lo repetiré aún mil veces, luchar por él contra él mismo.

Me explico muy bien —¡no he de explicármelo!— el que ciertos escritores se gloríen más que de otra cosa alguna de las antipatías que recogieron en torno á su cabeza; comprendo perfectamente —¡no he de comprenderlo!— que lleven como prenda de un porvenir noble la cosecha, no ya de desdenes ó de dictorios, sino de burlas. Simpatizo más que con nadie con esos solitarios que huyen del vulgo, cuando el vulgo está á punto de proclamarlos reyes, como hizo el Cristo.

Y si luego se quejan de no ser oídos, es muy natural y muy justa su queja, porque es quejarse de que el vulgo sea vulgo, y no de otra cosa. Y esa queja es uno de los medios más eficaces de moverle al vulgo á que deje de serlo, á que se esfuerce por perder su vulgaridad.

Más desgracia, muchísima más desgracia ha caído sobre nuestra literatura del empeño que ciertos escritores ponen en acordarse con el vulgo y vulgarizarse que no del empeño opuesto. ¿De qué sino de ese empeño, y empeño interesado, proviene la mayor parte del rebajamiento de nuestro teatro cómico?

No, no hay que predicar aquello de que el vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto; demasiado lo saben nuestros escritores.

Ahora lo que hay que hacer notar es que ese apartamiento generoso y voluntario del campo del vulgo puede no ser cosa de egoísmo ni de falta de pasión y de interés por el pueblo; puede y suele muchas veces provenir de este interés mismo.

Y en cuanto á esa recompensa de que al final de su artículo habla Argente, ella suele llegarle al escritor sin que tenga que bajar de su cima solitaria á mezclarse en la muchedumbre, cuando ésta, corriendo el tiempo, llega á la cima aquella, desde la cual el solitario le llamaba á voces y abriéndole los brazos.

Salamanca, Abril de 1908.

POLITICA Y CULTURA

Luis de Zulueta es de todos los actuales publicistas catalanes—publicista catalán, pero en castellano, que es la lengua de que casi siempre se sirve Zulueta—el más sereno, el de más amplio criterio, el más comprensivo. Conozco pocas labores más nobles que su labor en *La Publicidad* de Barcelona.

En estos tiempos en que Barcelona pasa por una calentura política y apenas se escribe ni se lee en ella sino lo que se refiere á la Solidaridad, al catalanismo, á las reivindicaciones regionales, etc., es más de admirar este hombre que de cuando en cuando lanza, en medio del fragor y la polvareda de la lucha, palabras sobre las cuestiones eternas.

En el número de *La Publicidad* de anteayer, 9 de Julio, publica un artículo titulado *La Educación Moral* precedido de unas consideraciones muy dignas de comentarios.

Empieza diciendo:

“Uno de los motivos, acaso el mayor, que hay para tener esperanzas en la actual actividad y hasta en la actual inquietud de Cataluña, es ver que el

movimiento político viene precedido y acompañado de cierta fermentación de ideas generales y de repetidos esfuerzos por la cultura.

”El ideal eterno humano—la libertad—ha intentado encarnar en el mundo, en la realidad histórica, bajo los más variados aspectos, desde el misticismo hasta la economía política. La cultura parece ser la fórmula contemporánea de la libertad.”

Aquí he de manifestar que me parece que á Zulueta le engaña su buen deseo y su amor á su país nativo. Las ideas generales hoy en Cataluña no son, á lo sumo, más que pretextos para vestir un poco dignamente las pasiones políticas. Y no hace aún muchos días que uno de los guiones del movimiento catalanista declaraba que todo problema político universal y permanente, fundamental, los problemas de la libertad de conciencia, de la distribución de la riqueza, etc., hay que dejarlos de lado hasta que se resuelva lo que á ellos, á los catalanistas, les interesa por ahora.

Y en cuanto á los esfuerzos por la cultura, habría mucho que hablar. Pues en el tan cacareado presupuesto de cultura que se ha discutido en el Municipio de Barcelona de lo que trataban casi todos era de sustituir la enseñanza en castellano por la enseñanza en catalán y más que por amor al catalán por aversión al castellano.

Sigue diciendo Zulueta:

“Sin embargo, en cultura, en la especulación filosófica, en la investigación histórica, en método de

trabajo científico, Cataluña queda todavía, por desgracia, un poco fuera de la corriente central de pensamiento y de estudio. ¿Por qué no decírnoslo con entera lealtad? Ni siquiera tenemos esa docena de espíritus escogidos, depositarios de una tradición intelectual española, que, desde Madrid, van colaborando con heroica devoción á la obra universal de la Ciencia. Tenemos, eso sí, en Cataluña, una confianza, á veces excesiva, en nuestra acción: y tenemos sobre todo, la voluntad de la acción, la cual nunca es excesiva, porque hay que querer, querer siempre, “querer aun cuando no se pueda”.

Esa confesión de que en Barcelona no hay ni siquiera esa docena de espíritus escogidos, depositarios de una tradición intelectual española, que desde Madrid van colaborando en la heroica devoción á la obra universal de la Ciencia, es una confesión que no es la primera vez que sale de boca de un catalán. Y no está de más añadir que los catalanes que han colaborado en la heroica devoción á la obra universal de la Ciencia lo han hecho en castellano. Su propia lengua ha quedado siempre para las expansiones ó concentraciones—más esto que aquello—líricas.

Y si en Madrid—y en otros puntos de España que no son Madrid—hay algunos espíritus dedicados á esa obra heroica de la cultura permanente, es porque viven en un ambiente que no está caldeado por la fiebre política.

Cuando cae sobre un pueblo la preocupación po-

lítica parece como que todas las demás actividades espirituales, y sobre todo las más elevadas, sufren una especie de parada y estancamiento. No hace mucho, me escribía un amigo filipino: "Hoy aquí no se puede hablar de obras de ciencia, literatura ó arte; los jóvenes intelectuales todos están absorbidos por preocupaciones políticas."

Y el pueblo catalán ha sido siempre, y es hoy más que nunca, muy exclusivamente político. Las elecciones de la Solidaridad fueron una maravilla política, pero no se ve su influjo en la cultura.

No hace muchos días un diario catalán, comentando la indiferencia con que el resto de España ve las cuestiones de régimen administrativo que se debaten en la Ley de Administración Local, decía que eso debe de obedecer á una distinta mentalidad que la suya, la de los catalanes, y claro está que donde puso "distinta" quiso decir inferior.

Lo que hay es otra cosa, y es que mientras los catalanes se mueven y agitan y hablan—sobre todo hablan—en *meetings* ó *metingues*, en asambleas, en *aplechs* y organizan toda clase de manifestaciones públicas políticas, los demás, calladamente y poco á poco, van haciendo su industria, su agricultura, su comercio, su instrucción pública. Sin necesitar para ello pedir más autonomía que la que tienen.

Toda España está progresando y está progresando muchísimo, digan lo que quieran los agoreros de desdichas, pero no es Cataluña la región que progresa relativamente más en España. Sin agitarse ni ha-

blar, sin *metingues* ni asambleas, va progresando el cultivo de los campos en regiones que los catalanistas estiman muertas porque no hablan. Sobre este adelanto del resto de España, junto á ellos y, si se empeñan, contra ellos, les ha llamado hace poco la atención el más conspicuo de sus actuales consejeros políticos. Y es que empiezan á enterarse.

Claro está que no se entera de tales cosas uno de esos tradicionales viajantes de comercio, que al llegar á un pueblo lo declara atrasado y levítico porque no hay en él muchas altas chimeneas vomitando humo. El humo es todavía para muchas gentes el principal signo del progreso. Pero los que saben ver más que humo en el cielo y algo más que un buen encachado en el piso de las calles se enteran de esas cosas.

Y en el respecto de la cultura espiritual es innegable que desde hace unos pocos años se lee en España enormemente más que se leía antes, y hay más solicitud por las cosas de instrucción pública, y aquello del enorme número de analfabetos va siendo ya un lugar común que se repite sin tomarse la molestia de comprobarlo. Y esta preocupación no es mayor en Barcelona, donde la instrucción pública ha estado siempre bastante descuidada.

Pero sigamos con Zulueta. El cual, á renglón seguido del último párrafo que de él he transcrito, añade:

"Se ocurren por fuerza estas reflexiones cada vez que un libro ó una revista nos hablan de alguno de

esos temas de psicología experimental, por ejemplo, ó de historia religiosa, que concentran las indagaciones científicas en la hora presente. Cualquier pequeña ciudad de Suiza ó de Bélgica aporta su contribución á estos temas, más modesta ó más valiosa, pero siempre incomparablemente mayor que la de una ciudad de 600.000 habitantes como Barcelona."

¿Para qué va á estudiarse en Barcelona un tema de psicología experimental ó de historia religiosa? ¿Qué tiene eso que ver con las aspiraciones políticas del catalanismo? Además, semejantes temas, aunque al parecer inocentes, si se pusiesen de moda acabarían por introducir gérmenes de división dentro de la Solidaridad.

¡Pues ahí es nada! Psicología experimental... historia religiosa... Estas cosas nos llevarían pronto á dividirnos en liberales y católicos, y es lo que, ante todo y sobre todo, se trata de evitar. Por ahora, lo importante, lo urgente, es constituir la nacionalidad catalana, establecer el catalán como lengua oficial, evitar los avances del castellano, este idioma internacional que está llamado á ser tal vez el primero del mundo, y luego trataremos de lo demás, en catalán.

Se ha dado el caso, soberanamente ridículo, de haber traducido al catalán algunas de las obras de aquellos catalanes ilustres que, como Campmany, Balmes, Pí y Margall, Milá y Fontanals, etc., contribuyeron con heroica devoción y en castellano á la obra universal de la Ciencia.

La fiebre política, esperamos que de ello se convenza alguna vez nuestro buen amigo Zulueta, no es lo más favorable para el desarrollo de la cultura. Lo cual no quiere decir, claro está, que un ciudadano haya de desinteresarse de los problemas políticos ni aun á pretexto de que la ciencia, el arte ó la literatura le embargan el ánimo. Estuvo, sin embargo, muy bien Ramón y Cajal cuando rechazó la idea de que le hiciesen ministro. Tiene otro modo de servir, y hasta de servirla políticamente, á su patria. Una de las cosas más perniciosas de nuestro ambiente público es la tendencia á impulsar hacia la política á cualquier espíritu que se señale y distinga en un campo cualquiera de la cultura humana. Tal diputado catalán solidario hay que serviría mejor á Cataluña haciendo sonetos que no haciendo discursos.

Salamanca, Julio de 1908.

LA CIVILIZACION ES CIVISMO

Acaban de verificarse en España las elecciones generales de diputados á Cortes y la lección que ellas nos dan nos sume en el desaliento á los españoles que soñamos en la resurrección espiritual de la Patria.

No esperéis, lectores americanos, que vaya á hablaros de política española, no. El asunto me es desagradable y no gusto de entretener á los de afuera con chismes y meseriucas caseras que, en resultado de cuentas, deben tenerlos sin cuidado. Procuro caer lo menos posible en el vicio de los escritores y publicistas españoles de no saber hablar sino de lo suyo, "visto desde su propio punto de vista nacional", que es mezquino y pobre, y si añado lo de visto desde su propio punto de vista nacional, es porque creo que debe hablarse de lo de la casa, pero elevándolo y presentándolo bajo el aspecto más universal que se pueda.

Voy, pues, á tomar pie de lo que acaba ayer de ocurrir en nuestras elecciones generales, para tra-

zar principios de aplicación general y sacar enseñanzas que ahí puedan interesar.

El Gobierno ha obtenido una abrumadora mayoría. Esto no hay para qué decirlo: es el abecé de nuestra política. No se ha conocido en España un Gobierno que haya perdido unas elecciones, y para ganarlas no necesita de grandes esfuerzos ni de apretar con exceso los tornillos electorales. Le basta con dejar que obre el natural servilismo de los pueblos. El candidato ministerial lleva ya una fuerza en ser ministerial, encasillado por el Gobierno, pues, como del diputado lo que se espera no son leyes, sino favores particulares, conviene tener uno que esté á bien con los que mandan. Y así como en el comercio, un modo de ganar crédito es hacer creer que se goza ya de él, lo mismo en política.

Dicen que España es católica. Pues bien: los más de los candidatos que se presentan como católicos tienen que gastarse grandes sumas para obtener el acta: tienen que comprarla. Lo cual quiere decir, ó que la masa de católicos se recluta en España entre los más pobres ó que los católicos no votan si no se les paga el voto. El catolicismo es una cosa que se compra y se vende en España, á lo que parece.

Pero en lo que quiero detenerme es en el hecho de que la inmensa mayoría de los diputados adictos—esta vez conservadores y reaccionarios aun mejor—scan diputados rurales. La oposición la dan las ciudades, y las ciudadades es lo único consciente que hay hoy en España. El campo está en general su-

mido en la ignorancia, en la incultura, en la degradación y en la avaricia.

Lo más grande, lo más noble, lo más civilizador que tiene el movimiento grandioso de la llamada Solidaridad catalana es que ha sido la ciudad, Barcelona, constituyéndose en conciencia directora de Cataluña toda. Ha sido la civilización de Cataluña, tomando el vocablo civilización en su estricto sentido, en el sentido de hacer á un pueblo civil, ciudadano, dotado de espíritu de ciudad.

La ciudad contra el campo: tal es la lucha. Las ciudades españolas empiezan á entrar en la edad moderna, mientras el campo vive en la Edad Media.

Aquí, en esta ciudad de Salamanca, en que escribo, se vió ayer mismo, día de las elecciones, un espectáculo noble y consolador. Luchaba un liberal, aunque tibio y receloso, pero liberal al cabo, contra un pobrecito fanático que se presentaba como católico. Este, que goza de regular fortuna, pagaba los votos é iba á comprar el acta. Y aquí, en la ciudad, que es una ciudad liberal, y por lo que hace á las clases populares, radical, obtuvo el liberal una gran mayoría sobre el comprador de conciencias. Obreros á quienes no les sobra qué comer rechazaron la vergonzosa oferta.

Pero el distrito electoral no lo constituye la ciudad sola—, que apenas si llega á 30.000 habitantes— sino que lo forman con ella unos cincuenta pueblecillos que la rodean. Y en éstos, los colonos y criados que cedían á imposiciones de los amos y los mise-

rables que vendían su voto han contrapesado la mayoría ciudadana del candidato liberal. Y es que puede encontrarse un obrero de ciudad que, no teniendo para cenar aquella noche, rechace, sin embargo, el peso ó dos que le ofrezcan por su voto, pero es difícil encontrar un riquillo de aldea que no se venda por uno ó dos ó veinte pesos. La cosa está en dar con el precio. La característica de nuestro campesino—acaso la de los campesinos todos, por lo menos de Europa—es la sordidez. El aldeano es codicioso y avaro.

Y el aldeano es tristemente inconsciente. Masas enteras de campesinos ignoran quién gobierna. No creen en la ley ni en su eficacia. Están convencidos de que todo se obtiene por el valimiento del cacique.

Da pena, hondísima pena, internarse por nuestros campos, lejos de las grandes vías férreas y aun junto á ellas. Los pueblos dormitan en la inconsciencia social.

Y á esta inconsciencia se la halaga; de esa masa informe se dice que es lo mejor de la nación; se exaltan las virtudes de esos desgraciados que vegetan y apenas dan señales de vida sino con estallidos de pasiones primitivas y salvajes. Los crímenes más brutales, más propios de bestias, de que he podido enterarme desde que vine á esta región—una de las que acusan mayor criminalidad en España—han sido crímenes cometidos en el campo y por campesinos, no en la ciudad ni por ciudadanos.

La experiencia demuestra aquí que la criminalidad

bestial, repugnante, está en razón inversa de la densidad de población. Cuanto más densa es aquí la población es más morigerada y sus delitos pierden en repugnancia y en barbarismo.

Y se comprende, porque el peor consejero es el aislamiento. En una gran urbe las pasiones se distraen mucho más fácilmente. Podrá en ella el hombre caer en frivolidad, pero no cae en barbarie tan fácilmente.

Esa triste inconsciencia de las masas desparadas por el campo es aliada de todo conservadurismo y hasta de toda tiranía. En ella se apoyó nuestro Rosas; de ella vivió nuestro carlismo. Y ahora es ella el apoyo de lo más vergonzoso de nuestra gobernanación pública.

Y esto que pasa aquí, pasa en otras partes, pasa en Alemania. Pues es sabido que los diputados socialistas del Reichstag, siendo muchos menos que los diputados del Centro católico, suman un número de votos muchísimo mayor. El número de electores del Imperio, dividido por el número de diputados, viene á dar unos 10.000 para cada uno. Casi todos los diputados socialistas pasan de él; algunos llegan á 40.000 votantes, y hay diputado católico bávaro que lo es por cuatro ó cinco mil votos.

Y así ocurre con la fuerza del catolicismo en otras partes.

Me hablaba un día un católico de cómo aumentan sus correligionarios en los Estados Unidos y le repliqué: "Sí, como aumentan los conejos en Austra-

lia, porque el proletariado irlandés, polaco, italiano, etc., de que el catolicismo norteamericano se compone, es muy prolífico; pero, dígame: ¿cuántos hombres de primera fila, estadistas, científicos, filósofos, poetas, son católicos allá?"

Y una cosa análoga nos sucede aquí. El campo ahoga á la ciudad; la masa rural es una terrible cadena que llevan en los pies los ciudadanos. Todo progreso político y cultural se embota en el campo. El ruralismo nos pierde.

Esto sólo se curará industrializando la agricultura, introduciendo la maquinaria en los campos y fomentando la concentración de las masas campesinas en las ciudades.

Se habla de esta concentración como de un gran mal, y me parece que eso es hablar de ligero. La concentración es un efecto de la industrialización de la agricultura.

Vuelvo á repetir lo del origen de la palabra "civilización". Civilización viene de civil y civil de *cives*, ciudadano, hombre de ciudad. La civilización nació en las ciudades y es ciudadana. La civilización es Atenas, Alejandría, Roma, Venecia, Londres, París... Sarmiento tuvo en esto, como en tantas otras cosas, visión penetrante y larga.

Y en España está aún por civilizar en su mayor parte. El carlismo, que no es sino ruralismo—hasta cuando lo profesan ciudadanos—, porque el campo puede meterse en espíritu en la ciudad, lo mismo que la ciudad puede meterse en espíritu en el cam-

po—el carlismo, más ó menos transformado y bajo otros nombres, es aún el principal obstáculo para la civilización española.

En mi país vasco es frecuente oír himnos á las virtudes campesinas y á la pureza de costumbres de los aldeanos. Y, sin embargo, mi paisano el vasco de las villas me parece superior en sentimientos al de los caseríos. En las pequeñas villas de mi tierra vasca no son tan frecuentes los casos de sordidez despiadada que tanto abunda entre los aldeanos, que dejan morir de hambre á sus padres, ó poco menos, cuando éstos no son ya útiles para el trabajo. Y es curioso, además, observar que el movimiento conocido por el bizkaitarrismo nació en Bilbao y se alimentó en las villas más que en el campo. El campesino es, además de sórdido y despiadado, receloso y desconfiado.

Y con esa inercia campesina, con ese tremendo peso muerto, con esa funesta inconsciencia es con lo que se cuenta para gobernar. Todo eso envía al Parlamento un montón de grandes propietarios ó de criados de ellos, de señoritos ignorantes, de *sportsmen* incultos, de niños góticos, de ricachos empedernidos y sobre todo de insignificantes que están á merced de la voluntad del que manda.

Cierto es que las ciudades, á su vez, envían una minoría de gente algo más enérgica y más despierta, más inquietadora, más revoltosa, pero se ha hecho moda el fingir desdén á éstos, teniéndolos por unos bullangueros y charlatanes. Toda esa masa de representantes á que aludía arriba no comprenden el va-

lor de la pura agitación y se indignan de quien no les deja hacer la digestión con sosiego ó les obliga á no abandonar su servil puesto.

Y por encima de todo esto, coronándolo y sellándolo, se alza la más huera y más insustancial abogacía. La abogacía es uno de los peores azotes de nuestra España contemporánea. Casi todos nuestros caudillos políticos son abogados—tengan ó no bufete—y no son menos abogados los que no poseen siquiera el título de licenciados en Derecho.

Llamo abogacía al modo de enflar los asuntos como si se tratara de un pleito ante tribunales, ó la especial sofistería que se cultiva en estrados. Y nuestra política no es más que abogacía. Los abogados han llevado á ella todas sus miserables triquiñuelas, todo su repugnante legalismo, ese legalismo que se cifra en lo de “hecha la ley, hecha la trampa”. Nadie peor para legislar que quien formó su espíritu aplicando las leyes.

Y el abogado siente una secreta simpatía por el rústico, así como el rústico por el abogado. Los campesinos son pleitistas. La mentalidad del campesino es una mentalidad que rara vez pasa de la comprensión de las cosas abogadescas. Todo aldeano lleva un abogado dentro, así como todo abogado, por muy ciudadano que sea, lleva al rústico. Uno y otro, el rústico y el abogado, son incapaces de verdadera sinceridad, y, por consiguiente, de verdadero espíritu científico. El uno paga para que le den la razón,

aunque no la tenga, y el otro cobra por darle la razón que no tiene.

Y en política lo mismo: la abogacía se apoya en el rusticismo y el rusticismo en la abogacía.

“El mal de la República Argentina es la extensión”, dijo Sarmiento. Pero la República Argentina, como no tenía tradiciones agrícolas, como su suelo era virgen ó sin dueño, como no padecía de latifundios tradicionales, aunque padeciese de extensión, pudo desde muy pronto industrializar su agricultura, y hasta se ha visto obligada á ello por las condiciones mismas de su población y su suelo, y ha podido en una extensión seis veces mayor que la de España, y con poco más de la cuarta parte de población que ésta, formar una gran metrópoli de un millón de habitantes. Y por mucho que se exagere los males—unos sólo aparentes y otros pasajeros—de este fenómeno social, el hecho es que la ciudad es civismo y el civismo es civilización.

Desde hace tiempo se oye hablar en Barcelona con insistencia de lo civil. Es un sentimiento que allí se fragua. Y lo cierto es que por mucho que se insista en las deficiencias de la sociabilidad barcelonesa—y yo soy, acaso, uno de los que más hincapié han hecho en ellas, exagerándolas tal vez, y eso porque me duele que no sea perfecta Barcelona—por mucho que las ponderemos siempre resultará que es hoy el modelo de ciudad española, que es donde se está formando una ciudad en toda la extensión moral de este vocablo.

Barcelona es ciudad, mientras que Madrid no es sino corte. Y Barcelona da hoy el ejemplo de lo que todas las ciudades españolas deben hacer.

Lo malo es que ni escarmentamos ni aprendemos, y así como empujamos á filipinos y á cubanos al separatismo, estamos empujando á él á los catalanes. Porque los verdaderos laborantes del separatismo hay que buscarlos entre estas duras cabezas cabileñas, de una mentalidad, cuando no rudimentaria, recia, que se obstinan en plantear los problemas políticos con un violento dogmatismo teológico y en establecer principios indiscutibles. Y así como el teólogo sostiene que niega la existencia de Dios quien no le concibe como él ó quien en Dios cree no por las pruebas que el teólogo establece, sino á pesar de ellas, así estos teólogos del patriotismo tachan de antipatriota á quien no siente ó no comprende la Patria como sienten ó la comprenden ellos.

Y esta crisis del patriotismo está íntimamente ligada con la oposición entre civilización y ruralización. La Patria es, ante todo y sobre todo, la ciudad, y la patria es un medio para la civilización y no el fin de ésta.

Salamanca, Abril de 1907.

GLOSAS A LA VIDA

SOBRE LA OPINIÓN PÚBLICA

Al concluir el alcance postal de un diario de esta ciudad de Salamanca, alcance en que se relata la sesión del Congreso del día 28, se dice á la letra:

“Sostiene que quienes no leen periódicos suman más votos que los lectores de los mismos.” (Rumores.)

Es evidente; mas no creo que la afirmación del orador —el Sr. Maura— se limitase á esa que en España resulta una perogrullada.

Perogrullada, digo, pues en nación en que no saben leer el 49 por 100 de los adultos —tal es la cifra que da el último censo—, y en que las dos terceras partes de los que dicen saber leer no acostumbran hacerlo, y aunque sepan leer apenas si pronuncian, como el burro del gitano del cuento, claro es que suman más votos los analfabetos. Y votos son trinfos.

Otra cosa sería si, como debiera hacerse, se privase del voto á los analfabetos, medio el más sencillo